

LA HISTORIOGRAFÍA BIZANTINA TEMPRANA

(SS. IV-VIII): TRADICIÓN E INNOVACIÓN.

PERSPECTIVAS DEL ACERCAMIENTO ACTUAL

ARTEM YAKIMOV

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

NOTA PRELIMINAR: este texto fue escrito para ser leído y, además, nunca pretendió ser un “artículo acabado”, sino más bien unos apuntes e ideas en torno a la cuestión anunciada en el título, que son producto de una investigación “a largo plazo”; por lo tanto, sigue un “formato abierto” con la aspiración de suscitar una polémica entre los interesados y un interés en el público más amplio. Los apartados, las más de las veces, lejos de reflejar todo el contenido que anuncian, sirvieron de guía para el ponente y permitieron hacer algunos comentarios “improvisados” durante la exposición, cosa difícil, si no imposible, de reproducir en un texto escrito. En el escuetísimo esbozo bibliográfico de la primera parte, los años de las publicaciones corresponden a los de su aparición en lenguas originales (por obvias razones), no a las ediciones “consagradas” o accesibles hoy en día en español; por tanto, prescindí de poner las fichas “completas” que, por lo demás, casi sobran dado que se trata de las obras o bien demasiado conocidas o, por el contrario (como es el caso de Ukolova o Averintsev), inasequibles en nuestras bibliotecas (curiosamente, aplíquese lo mismo a Krumbacher, Beck, Hunger...).

La problemática del estudio de la historiografía bizantina temprana, al igual que de toda literatura tardoantigua, convenientemente puede ser dividida en dos grandes cúmulos o unidades: los problemas históricos y sociales – parafraseando los títulos de obras consagradas: cronología, periodización y causas de la *Caída del Imperio Romano* o de la *Transición de la Antigüedad al Feudalismo*– y “literarios” o, para el caso, propiamente historiográficos, es decir los problemas del género o los géneros literarios que “tratan” la historia –su “aparición”, delimitación y desarrollo– que tradicionalmente se adscriben al ámbito histórico-literario.

En la presente ponencia los vamos a analizar –hasta donde se pueda– por separado, empezando por lo histórico.¹

I. LA “ANTIGÜEDAD TARDÍA”

1. NOTAS PARA LA HISTORIA DE LA CUESTIÓN

Hoy en día, percibimos a la *Antigüedad Tardía* (A.T.) como algo “natural” y casi cotidiano; sin embargo, no hay que olvidar que esta noción es muy reciente y, por lo tanto, dentro de los paradigmas científico-humanísticos modernos, un tanto “inestable” aún. Como cualquier noción nueva suscita polémica y dudas y busca su lugar entre los conceptos más arraigados dentro de dichas paradigmas. No obstante, esta noción tuvo una suerte historiográfica como tal vez ninguna otra en el siglo pasado, y podría ser comparada con la del *Helenismo*, término acuñado por Droysen en la década de los años 30 del siglo XIX. Es curioso ver aparecer la asignatura (optativa) llamada “A.T.” en los programas de licenciatura en Historia de varias Universidades europeas y norteamericanas (junto a las obligatorias: Historia General de la Antigüedad y Historia de la Edad Media), en cuyas bibliografías destacan significativamente las lecturas de Henri Pirenne (†1935, con sus obras modélicas: *Las ciudades de la Edad Media* y *Mahoma y Carlomagno*), Peter Brown, el que dio el “pasaporte” internacional al término (*El mundo de la Antigüedad Tardía. De M. Aurelio a Mahoma*, 1971), Perry Anderson (*Transiciones de la Antigüedad al Feudalismo*, 1974), y, más recientes, Averil Cameron (*El mundo mediterráneo en la Antigüedad Tardía, 395-600*, 1993) y Peter Heather (*La caída del Imperio Romano*, 2005).

Para hacerle justicia a la historia del término y a los debates que en torno a él se dieron, habría que mencionar además, y cuando menos, a Franz Georg Maier (*Las transformaciones del mundo mediterráneo, siglos III-VIII*, 1968) y a Victoria Ukolova, acuñadora del popular término de los “últimos romanos” –

¹ Ante la apremiante necesidad de ediciones y traducciones de los escritores bizantinos al español, esta presentación tan sólo pretende dar una panorámica de la problemática concerniente a su estudio y llamar atención hacia este período –Antigüedad Tardía– y este “país” (llamémosle así por no tener un mejor término a la mano) –Bizancio–, de los cuales tanto se habla últimamente, pero cuyas fuentes permanecen impenetrables no sólo para el público conocedor, sino, a veces, incluso, para los especialistas en materias de historia y literatura.

desde Aecio hasta Boecio, pasando por Macrobio, Casiodoro, etc.– y aguda crítica de Peter Brown (*Los “últimos romanos” y la cultura europea*, cuyo título original: “La herencia de la Antigüedad y la cultura del Medioevo temprano” aparece en 1989).

2. *EL MARCO CRONOLÓGICO DE LA AT: LO HISTÓRICO Y LO CULTURAL; LA PUNTUALIZACIÓN EN LA PERIODIZACIÓN POR SIGNES CODOÑER*

Pues bien, sin enfascarnos, por ahora, en los pormenores de los “combates por la AT”,² deberíamos preguntarnos: ¿cuál es el uso práctico de esta denominación para los estudios de la cultura bizantina? O bien: ¿qué “resumen” o síntesis podríamos hacer a la luz de las investigaciones más recientes en torno a esta intrincada “historia”? Hoy por hoy, somos capaces de discernir con mayor claridad y más objetivamente los cambios –desde los más importantes hasta los más imperceptibles– en el devenir del “mundo nuevo”, en la “formación de la Europa” en el sentido moderno de este término geográfico-cultural.

Tradicionalmente, se habla de una línea divisoria en el desarrollo del Imperio Romano a partir de las crisis del siglo III y las consecuentes reformas de Diocleciano y la llamada “primera separación del Imperio”. Es decir, en términos de la AT, marcaríamos la *Primera fase transitoria* desde las invasiones masivas iniciales de los bárbaros en el Imperio en la segunda mitad del s. III y una grave crisis del poder político-militar central, hasta la segunda ola arrasadora de los pueblos germánicos (especialmente, los godos)³ con su primera culminación en la batalla de Adrianópolis (378), una “definitiva” separación del Imperio tras la muerte de Teodosio I (395) y el inexorable saco de Roma por Alarico en 410 como segunda –y la máxima– culminación de la ya imparable “barbarización” de la parte occidental del Imperio. Desde el lado

² Para la polémica en torno a la cuestión, correspondiente a la época de Entreguerra y Posguerra, es hoy un lugar común citar la célebre nota 4 de la obra de Maier (*op. cit.*, pp. 377-78 en la edición del Siglo XXI: *Historia Universal*, t. 9); un ejemplo de la lucidez crítica y exposición sucinta de la problemática historiográfica de la AT contemporánea del autor.

³ Es un lugar común marcar la diferencia entre los godos (en su modalidad “visi-” primeramente) y otros “bárbaros” por adoptar aquéllos, antes que nadie, una organización política definida y “moderna” –la monarquía– y una religión nueva y “progresiva” –el cristianismo (en su variante arriano)–.

“bizantino” este proceso, aunque no tan bruscamente, sigue una lógica convergente, lo cual se podría reflejar en el ámbito cultural y literario (e historiográfico) por el hecho de que hasta el año de 410 la ciudad de Roma aún conserva su importancia político-cultural. Piénsese en la atracción de la gran capital para fijar allí su residencia figuras tan significativas como Amiano Marcelino y Claudio; cuando años más tarde el paisano del último – Olimpiodoro–, a pesar de conocer bien Roma, al parecer ya no pensaría quedarse allí en lo absoluto: “el peso político del imperio se ha desplazado definitivamente hacia Oriente.”⁴ Las pautas para Bizancio son otras: la (re)fundación de Constantinopla (330) –fecha importante desde una perspectiva político-cultural podría ser el Edicto de Milán (313)– y la propia muerte de Teodosio el Grande.

En la segunda fase del proceso transitorio las divergencias entre Roma y Constantinopla se hacen cada vez más patentes. Y es allí donde tiene que centrarse nuestra atención en vista de definir lo “tradicional” y lo “original” en la cultura (proto)bizantina de este período. Para Roma, la etapa de la “romanidad decadente”, pero *Romanidad*, al fin y al cabo, podría ser marcada hasta la muerte de Teodorico en 526 (con toda su problemática muy discutida en torno al “renacimiento ostrogodo” y su relación cultural y político-económica con la Roma “clásica”). En términos de Ukolova esto correspondería justamente – años más, años menos – a la desaparición del “último romano” Boecio, quien – como es un lugar común marcarlo – funge como un puente (en lo cultural, especialmente) entre la Antigüedad clásica tardía y la alta Edad Media (y donde se arguye que el alcance de sus ideas filosóficas, de alguna forma, se sentirá incluso hasta el propio Abelardo, al inicio de la baja EM). A partir de aquel momento, la ruptura cultural en Roma es inminente, si no ya consumada. En Bizancio, en cambio, no se vislumbra tal hasta –nada más y nada menos– el advenimiento del Islam; por poner una fecha –sugerida, entre muchos otros, por Signes Codoñer–⁵ la batalla de Yarmuk en el 636, que supone la pérdida de Siria y el aislamiento de Egipto. Un paréntesis representa la *Innovatio Imperii*

⁴ Juan Signes Codoñer, “La historiografía en el oriente del Imperio Romano desde el saque de Roma por Alarico hasta las invasiones árabes”, *Actas de las jornadas sobre “El final del mundo antiguo como preludio de la Europa moderna”*, Santiago de Compostela, Delegación Gallega de la Sociedad de Estudios Clásicos (Cuadernos de literatura griega y latina, 4), 2003, pp. 115-172 (p. 118).

⁵ *Ibid.*, 116.

de Justiniano que reivindica al nuevo *Imperio Romano Cristiano* creado por Constantino. Lo significativo para la era justiniana, sin embargo, es el hecho de que dicha “renovación” proviene indefectiblemente de Constantinopla, cuyo peso como centro del “Imperio” (o de lo que de él queda) es ya incontestable.

3. PERIODIZACIÓN E HISTORIOGRAFÍA

En lo historiográfico, aquella “divergencia” se refleja en varios hechos inequívocos: la cada vez más escasa información de los historiógrafos bizantinos sobre los acontecimientos históricos en el Occidente; pero más significativo aún, es la proliferación de la historiografía clasicista en Bizancio contra la casi total decadencia de la misma en el Occidente. Aunque podría ser mencionado Gregorio de Tours, muerto en 594, como punto final en la historiografía tardoantigua del Occidente –con todo y sus tendencias “barbarizantes”, tan discutidas–. Y adelantándonos un poco –y siguiendo con el Occidente–, de los adeptos de Gregorio tan sólo podría ser mencionado Fredegar y sus continuadores, cuya producción se fecha –a más tardar– en los mediados del s. VII (768 para los Continuadores). En 731, Beda el Venerable termina su *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* y casi contemporáneo a este hecho es el inicio de los *Orígenes de los reyes francos* del Anónimo de Neustria, que tradicionalmente se ha marcado como el inicio de la historiografía propiamente medieval.⁶

Otro rasgo significativo e insoslayable reflejado en la historiografía de este período que, tal vez, podría permitirnos “aplazar” el advenimiento de la “Edad Media” en Bizancio –y algo sorprendente, dada la gran predisposición de los bizantinos (a nuestros ojos) a todo tipo de aparatosas discusiones teológicas– es la casi total ausencia en las historias clasicistas (HC) o “contemporáneas”, provenientes, por lo general, de los ámbitos palaciegos, de los vestigios de la

⁶ Lo cual nos regresa, en cierto modo, a la vieja idea de Pirenne de que la “unidad cultural (y económica) romana” siguió siendo efectiva –a despecho de todas las invasiones “bárbaras”– hasta los merovingios y el advenimiento del Islam. Léase, en nuestra terminología, la “fase dos” de la AT. Está claro, sin embargo, que “en lo económico” (y los social, por extensión) la tesis de Pirenne no puede ser sostenida; no obstante, mediante la precisión de las “dos fases” –idea totalmente debida a Signes–, con las tendencias más bien divergentes entre “Roma” y Constantinopla para la segunda, se obtiene una visión bastante aceptable del proceso en general.

adhesión sustancial y “trascendental” de la propia corte al cristianismo (en el discurso y, especialmente, en el ámbito ritual), cosa que será diferente después de la “recuperación” macedonia, y ya desde el “híper”-clasicista Teofilacto. Es decir, las prácticas religiosas cristianas parecen todavía no haber sido arraigadas del todo en la Corte imperial. Con todo, es el momento cuando paralelamente a la HC prolifera la Historia eclesiástica (HE) desaparecida, sin embargo, en el Oriente a finales del s. VI (sobre lo cual hablaremos más abajo).

Por otro lado, desde la expansión árabe, la producción historiográfica clasicista se interrumpe asimismo (Teofilacto, a menudo es llamado el “último historiador” de la Antigüedad), y estamos entrando en la tristemente famosa “Edad Oscura”, que en el caso del Oriente se continuará –pasando por la “Querella de las imágenes”– hasta el Triunfo o Restablecimiento de la Ortodoxia y el “renacimiento” macedonio en la segunda mitad del s. IX.

Esta *segunda fase* de la AT en el Oriente en lo historiográfico se caracteriza, sin embargo, por la aparición y proliferación de un género nuevo –la crónica o la *crónica universal cristiana* (CUC)–, que, aunque tiene sus raíces en la producción de Eusebio de Cesarea en los inicios del s. IV (y de sus antecesores más importantes: Clemente de Alejandría, Julio Africano y Hipólito de Roma),⁷ a partir de esta fase –en el Oriente– entra en vigor y adquiere rasgos característicos. A los continuadores inmediatos de Eusebio en este rubro hay que buscarlos en el Occidente, en las figuras de Jerónimo y Rufino. Por otro lado, la veta eusebiana de la historiografía cristiana (eclesiástica) será retomada en el siglo V por Agustín y, especialmente, por Orosio; y por Sócrates, Sozómeno y Teodoreto, en el Oriente. Justamente al degenerarse la HE con Evagrio, y desde antes (es decir, al convertirse ésta en una especie de anexo a las historias políticas “clasicizantes”), empezará a proliferar la crónica. El punto de inflexión sigue siendo el siglo VI⁸ con Procopio, Agatías y Menandro, por un lado; Evagrio por otro, y Malalas por el “tercero” (con la crónica). Ya sólo posteriormente –como ya lo hemos marcado– habrá una

⁷ No podemos hablar aquí de las raíces más profundas de la Crónica: los breviarios y epítomes romanos y, antes, “historias universales”, anales y efemérides helenístico-romanos (sin embargo, *vid. infra*, apartado 5).

⁸ En el ámbito político-social, especialmente en la parte sur y centro de Italia, desde el siglo sexto (y ya, desde mediados del quinto, en menor grado) es cuando vemos cómo, ante el *vacío del poder laico*, los obispos de la nueva estructura eclesiástica cristiana se adjudican atribuciones cívicas: administración y (re)distribución de provisiones e, incluso, funciones militares. Esto se ejemplifica, ya en su máxima expresión, con la figura de Gregorio el Magno.

interrupción en la producción de la HC (después de Teofilacto) y la Crónica encontrará su máxima expresión en Jorge Sincelo y Teófanes el Confesor. A partir del siglo décimo y hasta más allá de la Caída, en Bizancio se cultivará y tendrá una clara preeminencia la HC, a la par de la Crónica, que, en algunas ocasiones, mostrarán unas acusadas tendencias centrípetas (en cuanto al afán de los cronistas de extender, en algunos casos, las partes correspondientes a la historia contemporánea); mientras que la HC propiamente dicha se va a convertir, cada vez más, en lo que se ha venido en llamar “memorias personales” (una especie de los “comentarios” de la Antigüedad). Por lo demás –cosa del todo obvia–, no siempre será fácil establecer una línea divisoria clara entre estos géneros.⁹

Antes de terminar la parte histórica de este esbozo hay que hacer hincapié en que la gran producción literaria bizantina –propiamente hablando, eso es, a partir de la llamada “época de esplendor”, ss. X-XII y más allá–, en gran medida, gira en torno a la historiografía. A decir de muchos estudiosos, la producción historiográfica (incluyendo las “memorias”) constituye el centro del proceso literario en Bizancio y, probablemente, su “mejor literatura” junto, quizás, a la épica y la producción de la literatura místico-teológica.

Podríamos terminar esta parte también –y a la manera del epígrafe o introducción a la parte propiamente historiográfica– citando al gran Krumbacher que ya hace más de 100 años sostuvo:

⁹ Sorprende la opinión, una tanto radical, de Signes Codoñer: “Parece pues que, frente a lo que se suele decir habitualmente, crónica e historia no son dos géneros complementarios en Bizancio, sino en cierto modo excluyentes y que lo que nos encontramos en Bizancio es con el predominio de uno u otro en función de los avatares históricos o culturales” (op. cit., 119). Esto difícilmente puede ser sostenido por los siguientes razones: 1) la producción de la crónica en Bizancio no cesa en las épocas del “esplendor” (como sugiere el autor, al hablar de la “crisis de la Crónica en Bizancio” a partir de Miguel Pselo); muy por el contrario, siempre estuvo “viva y coleando” (aunque, ciertamente, se ha convertido en un género, más bien, estático, pero esta característica no presupone necesariamente una “crisis”, vid. *infra*); 2) decir que Theophanes Continuado es obra “de factura modesta” (*supra loc. cit.*) es un desfasé inentendible de criterio: en la propia tesis de doctorado Signes la llama “crónica”; en realidad, su problemática genérica va más allá de la HC: entre crónica, biografía y panegírico (no es una historia contemporánea pues, aplíquese lo mismo a Josefo Genesio, *id.*); por lo demás, extraña sobremanera la omisión de la *Historia* de León el Diácono que es el verdadero precursor de Pselo y el “resucitador” de la historia autópsica. Es evidente, que, en lo estilístico y en sus propósitos (piénsese especialmente en el “lector”), la HC y la Crónica son “excluyentes”, pero, en lo “histórico” (léase, “en función de los avatares histórico-culturales”), a excepción tal vez del período “oscuro”, siempre van a ir de la mano.

Ningún pueblo, con excepción quizá del chino, posee una literatura histórica tan rica como los griegos. La transmisión va, en sucesión ininterrumpida, desde Herodoto hasta Laónico Calcocóndilas. Los griegos y bizantinos escribieron, con extrema fidelidad, durante más dos milenios, la crónica del Este. Con todos los titubeos que resultan tanto de la sensibilidad y de las facultades de la época, como del cambio de temas y de las capacidades individuales, el género de la literatura histórica se mantuvo a un nivel aceptable. Con la llegada de los turcos, que acaban con la independencia griega, finaliza esta época de esplendor. (K. KRUMBACHER, *Geschichte der byzantinischen Litteratur*, München: C. H. Beck, 1891, p. 33).¹⁰

II. LITERATURA E HISTORIOGRAFÍA

4. LA HISTORIOGRAFÍA (TARDO)ANTIGUA Y LA HISTORIOGRAFÍA BIZANTINA. NOTAS PRELIMINARES

Uno de los “problemas” dentro del ámbito del estudio de la historiografía antigua y medieval es la *inexistencia de la teoría historiográfica* en la propia Antigüedad y el Medioevo.¹¹ Más allá de la aseveraciones de un Tucídides, un Polibio, o un Plutarco (respecto de la biografía), por mencionar a los autores paganos, y los prefacios de las obras de Eusebio o largos discernimientos de san Agustín, la gran mayoría de los historiadores repiten casi mecánicamente en sus prólogos las ideas viejas. Estas pueden ser reducidas a dos puntos fundamentales que “configuran” el género: servir de *exemplum* y preservar los hechos pasados (gloriosos) del olvido; añádase a esto –en el mejor caso– el precepto de “decir la verdad”. Esto es en cuanto a los objetivos; en cuanto a las

¹⁰ Citado apud P. SCHREINER, “La historiografía bizantina en el contexto de la historiografía occidental y eslava”, *Erytheia*, 11-12 (1990-91), p. 55.

¹¹ La “limitación” de la teoría poética y retórica antigua es un lugar común (véase los trabajos de S. S. AVERINTSEV sobre Plutarco, la retórica clásica y bizantina, y el nacimiento de la literatura “europea”: *Retórica y los orígenes de la tradición literaria europea*, Moscú, 1996; especialmente, el artículo “La retórica bizantina”, pp. 244-318); lo cual, como es evidente, no nos excusa de pasar por alto los géneros no “trabajados” dentro de la teoría literaria de la Antigüedad con su rígida tríada doble: épica, lírica y drama para las “bellas letras” y epidíctica, deliberación y el discurso forense dentro de la retórica propiamente dicha; por lo demás, tal vez, sólo el género epistolográfico tuvo la suerte de ser clasificado pormenorizadamente. De paso sea dicho, el porqué de este hecho podría ser esclarecido si pensamos que “...la historia no fue jamás una asignatura ni en Bizancio ni en Occidente. El ocuparse del pasado fue siempre cuestión del buen juicio de unos intereses particulares” (SCHREINER, *op. cit.*, p. 59-60). Véase *infra*, n. 13.

“técnicas de investigación”, la obra de Tucídides permanece insuperable con su exigencia de la “autopsia” y la comparación crítica y cuidadosa de las fuentes (habladas) en aras de conseguir la “verdad positiva”. En cuanto al “ángulo del estudio”, la referencia más autorizada siguió siendo Polibio con su teoría de la “historia política”.

Mención aparte merece la HE¹² con su afán de “documentación” exacta de los hechos; técnica que –no era para menos– iba a revolucionar la historiografía de la época, pero... dado que quedó truncada en su desarrollo y arrasada por la “recuperada” HC, quedó sin mayor efecto para la posteridad. En todo caso, se limita, prácticamente –en el nivel “teórico”–, a las obras de Eusebio y Teodoreto (autores, por lo demás, polifacéticos, dato que siempre hay que tener en cuenta en el análisis de la aportación personal de cualquier escritor a la problemática teórico-práctica de la literatura).

Ahora bien, sean como fueran las concepciones historiográficas antiguas,¹³ el panorama de los géneros historiográficos para la AT cambia sustantivamente respecto de la Antigüedad Clásica (AC). La tríada: HC, HE y CUC, establecida por la teoría literaria moderna (a partir de Krumbacher) –y que, a pesar de las muchas críticas recibidas últimamente,¹⁴ sigue operativamente insuperada– tiene, irremediablemente, su propia “historia”, intrincada a veces, que hemos de analizar. Es obvio, por lo demás, que, si hablamos en términos del “proceso literario” (histórico), tal panorama se enriquecería y se aclararía significativamente.

¹² Que, por cierto, marca el inicio de la fase uno de la AT, en nuestra periodización.

¹³ Cfr. en SIGNES CODOÑER: “En efecto, a diferencia de la oratoria o la epistolografía, no existía en el mundo antiguo una tradición normativa acerca de los presupuestos y métodos del historiador o las *distintas modalidades históricas*, de forma que la única manera que tenemos de saber lo que opinaban los antiguos autores acerca del género histórico es consultar las declaraciones programáticas realizadas por ellos mismos, por lo general en los proemios a sus obras, sobre los que, desgraciadamente, *no se ha realizado todavía un riguroso estudio de conjunto*” (*op. cit.*, p. 131, bastardilla nuestra). El pretendido “manual del historiador” de Luciano de Samosata (*Cómo debe escribirse la historia*) –por lo demás, una obra bellísima y podríamos decir que inspirada– no deja de ser tan solo una crítica mordaz de los malos historiadores del momento (en su primera, y más larga, parte) acompañada de una “descripción ideal” de una historia siempre entendida como “contemporánea”, autópsica y... tucídidea sin más, que ni siquiera toma en cuenta las aportaciones de las teorías polibianas (significativamente el nombre del historiador megalopolitano ni siquiera aparece en sus páginas), por no hablar de la absoluta ausencia de toda mención referente a las grandes “Historias universales” tardohelenísticas del s. I a.C. (Diodoro, Dionisio, Trogó).

¹⁴ Especialmente en las obras –ya clásicas– de Beck y Hunger; sobre la problemática del “sincretismo” y “divergencias” entre la Crónica y la Historia, así como un breve esbozo de las “teorías” bizantinas en torno a la historiografía, *vid.*, sobre todo, Růžena DOSTÁLOVÁ, “Historiografía bizantina: carácter y formas” (BX, 43 [1982], pp. 22-34, en ruso); cfr. *supra* n. 13.

5. LOS GÉNEROS Y EL PROCESO LITERARIO

En primer lugar, al final de la época helenística, se vislumbra otra tríada historiográfica: Historia Contemporánea, Historia Universal helenística (o, si se quiere, helenístico-romana)¹⁵ y los Comentarios (u obras “monográficas”, reportes personales de las actividades del autor o de los hechos delimitados y específicos: la “Conjuración de Catilina”, las “Guerras gálicas”, etc.).¹⁶ La HUH, sin embargo, a partir de los finales del Principado empieza a “convertirse” en el Epítome y/o el Breviario (géneros que –no siempre tenidos en cuenta–, a su vez, merecen un estudio detenido).

Ahora bien, es evidente que la HC (“clasicista”, nombre que, sin embargo, inequívocamente nos remite a la idea de que *ya no* es clásica, sino ¿“tardoantigua”, “medieval”...?) –hasta “por sus siglas”– es la continuación directa de la HC (“contemporánea”). En cuanto a la CUC, sus raíces son la HUH,¹⁷ pasando por los “breviarios” tardorromanos; no obstante eso, hay una novedad palpable: la influencia de la cronología –como una “disciplina histórica auxiliar” profesada y perfeccionada, especialmente a partir de la perspectiva matemática, desde Eratóstenes hasta Julio Africano y Eusebio–. Ello cual se refleja en el “nuevo método” de la exposición del material: año por año, que nos

¹⁵ Nótese que, si la “universalidad” de la CUC va en función de su visión bíblico-teleológica (escatológica) del mundo “entero”, la Historia universal helenística opera a partir del concepto geográfico-cultural (“civilizatorio”) de la *ecumene*.

¹⁶ Y ya desde antes, con Jenofonte, que es otro de los grandes “acuñadores” de los géneros literarios.

¹⁷ Cfr. en SCHREINER: “Permanece, con herencia de la Antigüedad, la historia contemporánea (al estilo de Tucídides) y la historia general de los países (según el modelo de Diodoro), que cubierta con un ropaje cristiano se convertirá en crónica universal” (*ibid.*, p. 56). Y más adelante: “La limitación de la historiografía bizantina no está solamente condicionada por su concepción del mundo ni por sus estrechos horizontes, sino que a esto se une la utilización de dos únicos géneros: los denominados antiguamente “crónicas” y “obras de historia” (H.G. BECK, “Zur byzantinischen «Monchschronik»”, en C. Bauer *et al.* (eds.), *Speculum Historiale*, Freiburg, München: K. Alber, 1965, p. 188-197). Sin embargo, es preferible hablar de historia universal e historia contemporánea. La historia universal presenta, por lo menos por su contenido, la variante cristiana de la historiografía bizantina, cuya meta es demostrar la realización de la idea sagrada en el suceder del mundo” (*ibid.*, pp. 57-58). ...sin embargo, no se entiende bien aquí en qué consiste dicha “limitación de los horizontes” –a todas luces más amplios de los que presenta la historiografía occidental contemporánea (¿Rufino, san Jerónimo, Gregorio de Tours?– o la “reducción” a “dos únicos géneros”, como si la historiografía antigua clásica nos regalara con una amplísima gama de los géneros históricos. Por lo demás, no queda claro –y se denota una terrible vacilación en el uso del aparato teórico-literario, más allá de la denominación de los géneros específicos– qué significan las frases como “por lo menos por su contenido” o “variante cristiana de la HG bizantina”...

remite, a su vez, a los anales o efemérides helenístico-romanos (o bien, “archivos oficiales” de las grandes ciudades, que dan pauta para hablar sobre las raíces del otro género semi-olvidado que es la “crónica local” o *Kleinchronik*).

La monografía, a sus vez, se dispersa rápidamente dentro de las obras de índole genérica variada que ya forman parte, más bien, de la “literatura bel(I)etrística”: epilios, llantos y lamentos (la “Captura de Creta”, la “Caída de Jerusalén” o “de Tesalónica”, etc.).¹⁸ Por otro lado, la monografía –casi a la manera del uso moderno del término– tiende a convertirse en un “tratado” quasi-etnográfico o geográfico (la “Germania” de Tácito; así, también Estrabón empieza su “Geografía” como un “anexo” o “comentario” a su *Historia* no conservada, que deviene en una obra monumental en sí, “marginando” su producción propiamente histórica olvidada). El género monográfico, las más de las veces, queda fuera de los estudios consagrados de la historiografía antigua y, por lo demás, no queda bien definido en términos de un paradigma científico establecido; y en nuestro esbozo no podemos detenernos en él, en espera de unas futuras investigaciones más detalladas. No obstante, si hemos de desenrollar la intrincada dinámica de los “principales” géneros históricos (*Historia Contemporánea* / *Historia Clasicista*, *Historia Universal* / *Crónica Universal*), el Comentario o la Monografía Histórica puede ser dejado por lo pronto.

La situación es más complicada aún en el caso de la HE, que se presenta, por un lado, como una “excrecencia” de la HC, pero “por su contenido” quiere “separarse” de ella en un ejercicio de la conciencia histórica, religiosa y social muy elevada (casos de Eusebio y Teodoreto, especialmente). Por otro lado, en cuanto a los métodos de investigación / exposición, representa una verdadera “revolución historiográfica”, ya mencionada (citación exacta de los documentos: deliberaciones de los Concilios, “cartas abiertas” y “comunicados oficiales”, listas de los jerarcas eclesiásticos, tratados teológicos, etc.). Desde una perspectiva histórica, la HE no tiene antecedentes (ni en el objetivo, ni en los métodos), aunque utiliza y aprovecha prácticamente todos los avances de la

¹⁸ Aunque esta última obra, de Eustacio de Tesalónica, denominada *De Thessalonica urbe a latinis capta* (en 1185), es un raro ejemplo de un “comentario” propiamente o quasi-memoire, con introducción “histórica” sobre los sucesos políticos del momento y comentarios personales y “mordaces”.

ciencia histórica conocidos hasta el momento. Pero su estilo es básicamente culto, al igual que su lector. En eso se asemeja a la HC y constituye una especie de su “par(te)” o, mejor, “contraparte”. Con todo, como ya hemos anotado, desaparece rápidamente sin dejar unas huellas profundas, al parecer, en la producción historiográfica posterior. Hoy en día, la HE conforma una parte consagrada de los estudios históricos, sociales y antropológicos, pero, como es evidente, ya es *otra historia*; sin embargo, en el Occidente proliferó en forma de las historias de las Órdenes y Congregaciones católicas y se recuperó más ampliamente a partir de la Reforma.

La HE junto con la CUC nacieron en clara oposición a las concepciones historiográficas “clásicas” (paganas) en un esfuerzo por preparar la base teórica (de su visión del *mundo*) y práctica (didáctica) para la nueva “clase dominante”, o en ascenso, cristiana (a partir de 312). El propósito inmediato de la primera –escribir la historia del “pueblo cristiano” (o sea, de entrada, una historia “universal”, a su manera)– no pudo, sin embargo, inmiscuirse directamente en la visión y las técnicas de las HC (o sea, historia político-militare) ni se interesó, al parecer, en siquiera intentarlo. Por su parte, las crónicas cristianas no nacieron como “reacomodo” o “re-transcripción” de los *Breviaria* paganos desde la perspectiva cristiana, según sugiere Momigliano¹⁹ (aunque en la práctica se dieran en efecto estos casos), sino, en primer lugar, como una evolución “natural” y aprovechamiento de todos los avances de la historiografía anterior (historias universales y cronología, manuales y *Breviaria*, etc.) y sólo en segundo plano, como obras propagandístico-didácticas que reflejan esta “nueva visión del mundo”. Es decir, las CUC son tan diferentes de las paganas no en cuanto son escritas por los cristianos simplemente, sino, sobre todo, por representar una nueva “síntesis” de la historia en general que sólo fue posible gracias a los cambios “globales” en la civilización grecorromana cuyo reflejo es –entre muchos otros hechos– la adopción del cristianismo. Por lo tanto, la vida de la HE es muy corta (además de que de sus dos temas o ejes “genéricos” principales: describir la historia del pueblo cristiano y su “conservación” ante las persecuciones (“historia externa”), por un

¹⁹ Vid., sobre todo, A. Momigliano [1958/59, 1963], “Historiografía pagana y cristiana en el siglo IV”, en A. MOMIGLIANO el al., *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Madrid, Alianza, 1989, pp. 95-115.

lado; y a pesar de las herejías (“historia interna”), por otro, sólo el segundo era vigente ya a partir del s. IV): irrumpió en la ideología y le arrebató temporalmente la “hegemonía” a la historia pagana en el momento “revolucionario” (o de “reacomodo de los poderes”), dejando posteriormente el campo abierto para la próxima “reaparición” de la HC. La crónica, en cambio, llegó para quedarse y siguió ejerciendo sus funciones a lo largo de toda la Edad Media (y más allá, obviamente), especialmente, la didáctica; es por eso también, que después de cumplir sus primeros objetivos: (teórico) revolucionar la visión global de la historia y (práctico) sustituir los *Breviaria* paganos, se quedó, aparentemente, un tanto anquilosada, no por eso muerta. Aplíquese lo mismo, en gran medida, a la HC, que no habrá de presentar los cambios notables en sus procederes hasta los siglos “otoñales” de la EM.

Aparte, la HE tuvo unos claros enlaces con la naciente hagiografía –género afín y extremadamente importante dentro del panorama de la literatura medieval-. Con todo, nos llevaría muy lejos si habláramos ahora sobre las Vidas de los santos, género que tiene profundas implicaciones en la historia de la Biografía y Novela antigua, y cuyo antecedente inmediato fueron las “Actas de los mártires”. No está tan clara todavía la relación de la HE con la CU posterior, fenómeno que, presentimos, espera su estudio detenido. Es curioso notar que el “fundador” de la HE, Eusebio, practica los tres géneros a la vez: Crónica, HE y hagiografía. En cuanto al estudio “interno” o intrínseco de la HE, últimamente gozó de una vasta producción de investigaciones, especialmente en el ámbito del mundo ortodoxo, pero no exclusivamente.

Es evidente, por lo demás, que al (re)unirse definitivamente el Estado con la Iglesia en Bizancio, quedó sin efecto la importancia de tener un estudio especialmente dedicado a la *historia de la institución eclesiástica*, salvo, en el aspecto *doctrinal*, cuya veta retomaría la literatura teológica y publicística –o polémica– en el sentido amplio de la palabra: tratados anti-heréticos (fuentes inapreciables para la historia del pensamiento heterodoxo) y dogmáticos, “Actas” de los Concilios importantes, catequesis y “manuales del saber cristiano”, etc.). En el mundo moderno –y antes del “nacimiento de la ciencia histórica” propiamente dicha– al empezar el proceso de la secularización entre la sociedad y la Iglesia, la HE recobró de nuevo su significado, proceso que el Imperio Bizantino ya no habría de presenciar.

* * * * *

Todo esto indica la absoluta improcedencia de un estudio del *proceso literario* al margen del *proceso histórico* y pone de manifiesto la falsedad de la dicotomía –y una vieja polémica– entre una “exposición” (dentro de los manuales de historia literaria): por *autor* o por *género*. En la medida de lo posible, hay que intentar –y ya hemos visto los ejemplos de eso– la *exposición* (que es el derivado de la *investigación*) por grandes cúmulos o tendencias dentro del proceso literario sobre una amplia base histórica (*stricto sensu*), reservando un virtual “segundo apartado” a los *autores*, con sus “semblanzas” respectivas, análisis de su estilo *propio*, la problemática específica de las obras, su “tradición” o pervivencia, esbozo bibliográfico en torno a cada autor, etc.²⁰

6. ¿*LITERATURA BIZANTINA O LAS LITERATURAS “NACIONALES” DEL COMMONWEALTH BIZANTINO?*

Hay otra problemática de consecuencias graves para la bizantinística y el estudio de la literatura bizantina en general y la historiografía en particular, que ilustra la necesidad de no separar el proceso literario y el devenir de los géneros de la investigación histórica: ¿hasta qué grado el estudio del proceso literario puede ser reducido a una sola lengua? O, en otras palabras, ¿la literatura “bizantina” es la literatura exclusivamente “griega” o es *todas las*

²⁰ Como un ejemplo desde otros campos de la historia, recordamos lo dicho por el estudioso de la teología ortodoxa, tal vez, más importante del s. XX, Ivan Feofilovich Meyendorff. Él afirmaba que es virtualmente imposible explicar la teología (incluso, dogmática) cristiana ortodoxa sin combinar los principios teórico-temáticos e históricos en su exposición, –simplemente no se entendería nada sin una clara visión “temporal” del proceso de la consolidación de los conceptos litúrgicos, dogmáticos, morales, etc. (cfr. John MEYENDORFF, *Teología bizantina. Corrientes históricas y temas doctrinales*, Madrid, Cristiandad, 2002). Otro ejemplo, tomado de un campo totalmente distinto –y no por eso menos significativo, por no mencionar que muy afín a los conocimientos históricos del público mexicano–, la consagrada cuestión del estudio de las instituciones –constitucionales– de la República Mexicana: muchas veces se ha dicho que ni siquiera una somera exposición del tema dentro del ámbito teórico-político sería posible y entendible fuera del ángulo histórico; pongamos, como ejemplo, el caso muy sonado de la Secretaría de la Reforma Agraria (recién desaparecida), cuya historia “institucional” (teórica) es inseparable de los avatares políticos y sociales del México independiente, desde décadas antes de la fundación de dicha institución.

literaturas (y sus respectivas lenguas) que, en su momento, conformaron el Imperio?

La pregunta no es trivial ni tampoco es privativa del ámbito de los estudios literarios. A menudo sucede que los especialistas en historia o literatura nacional “ pierden la perspectiva” o simplemente desconocen los hechos importantes de los “países” limítrofes al de su estudio. Por otro lado, es virtualmente imposible –en el caso de Bizancio, especialmente– tener a un estudioso versado en unas cinco-seis lenguas (latín, griego, copto, siríaco, armenio, georgiano, por no mencionar hebreo o árabe, con todo y que estas dos últimas siguen su propia tradición –especialmente en la materia de historiografía– “salpicada” de vez en cuando con inferencias clásicas) y sus respectivas historias... Se acusa –para variar– una apremiante urgencia de estudios interdisciplinarios (¡qué novedad!) cada vez más amplios, que, a su vez, requieren de una coordinación institucional eficiente y profesional. En un nivel local o “bilateral” se ha hecho ya mucho: nombres de revistas y ámbitos de estudio como *Bizantinoturcica*, *Bizantinoslavica* y otros por el estilo suenan ya familiares; en Armenia se ha efectuado un trabajo continuo para rescatar las fuentes tanto griegas como armenias; en Georgia, en cambio, el avance logrado después de la Segunda Guerra Mundial, al parecer, se ha truncado debido a los tristes y lamentables procesos sociales (que no era para menos en el caso de Armenia que, sin embargo, no descuidó demasiado su larga tradición humanística). En el ámbito de la literatura siríaca queda mucho por hacer y la arabística mira a menudo con recelo hacia Bizancio (y viceversa).

Permitásenos citar in extenso dos pasajes del reciente artículo de Signes Codoñer relativos a la cuestión:

Una última prueba de que se están produciendo cambios en la concepción unitaria del imperio a principios del siglo V es la emergencia, justamente entonces, de literaturas nacionales entre armenios y georgianos. Estos pueblos, cristianizados y situados dentro de la órbita de Roma desde siglos, sólo en los primeros años del siglo V empiezan a desarrollar su propio alfabeto, al que seguirá en breve una abundante literatura que, en el caso armenio, irá acompañada, como veremos en el segundo apartado, de una fecunda producción histórica. Si a esto se añade el auge de la literatura siríaca cristiana durante este periodo, parece evidente que el

mando romano oriental está sufriendo también una profunda transformación a principios del siglo V no sólo en sus relaciones con Occidente, sino en su propio interior.²¹

También en el ámbito histórico se tiende cada vez más a considerar a Bizancio como una suma de culturas y tradiciones, como un verdadero imperio, pese a que sin duda el elemento griego marcará la pauta en muchos terrenos. No obstante no hay demasiados estudios de la literatura armenia y siria de nuestro periodo que intenten insertarla dentro del ámbito bizantino, sin duda por el escaso número de especialistas que se dediquen a estos terrenos (se echa en falta todavía hoy, por ejemplo, una historia de la literatura siriaca que supere el viejo manual de Baumstark, 1922), pero sobre todo por el escaso interés de los estudiosos del mundo antiguo grecorromano en integrar los estudios de los especialistas en estos campos dentro del panorama cultural del imperio.²²

La pregunta que nos hemos planteado en este apartado queda, no obstante, abierta. Remitimos, una vez más al interesado a la vasta producción de un hombre y bizantinista verdaderamente polifacético, Sergei Averintsev que más de una vez había levantado esta problemática e incursionó en los campos tan diversos como el teórico-literario (y retórico en especial), el teológico, el de la historia de arte, ejerció como traductor de textos literarios y religiosos del copto, siríaco, griego y latín, armenio..., por no mencionar sus profundos trabajos, más conocidos, en torno a Aristóteles y Plutarco.

III. CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS DEL DESARROLLO

Dado que se nos acaba el espacio, y a manera de “conclusión”, nos gustaría repasar los puntos cardinales que hemos esbozado en el presente comunicado. Sírvanos este repaso como una especie de *memorandum* programático y como guía en la investigación que nos proponemos a realizar.

²¹ Cf. Signes Codoñer, *op. cit.*, p. 121.

²² *Ibid.*, p. 126.

7. PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS

1. AT como problema historiográfico: historia de la cuestión; alcances, límites y perspectivas; hacia una “nueva historia” de la transición y de las “edades oscuras”
(El estudio de la AT conlleva una noción verdaderamente nueva, más allá del mero hecho terminológico: desde los conceptos de la Decadencia y los Siglos de Obscuridad (y los consecuentes “métodos” de su estudio) hacia los de las épocas de transformación. Esto se siente también muy claramente (y, tal vez, con más vigor aún) en el ámbito del estudio de la Historia Antigua del Oriente Próximo, el Egeo y los Balcanes durante los “Siglos de Oscuridad” del 1200 al 800 a.C.)
2. Periodización dentro de la AT y la periodización bizantina; Roma y Bizancio: sintonía y divergencia
3. El porqué de la historiografía: la importancia de la historiografía como género literario y su especial importancia en la literatura bizantina. La historiografía como “ciencia” y como “arte”
4. Los géneros historiográficos tradicionales y los problemas de su estudio: límites y alcances de los géneros; sus fronteras y el sincretismo; el proceso literario y el proceso histórico
5. Los problemas de percepción y trasmisión; los límites lingüísticos: ¿una literatura multilingüística o varias literaturas nacionales? Conservadurismo y tradición...
6. Hacia un estudio de la historiografía y literatura bizantinas general o “global”: antes y después del Bizancio; el proceso literario, sus “reglas”, derroteros y avatares
(Pervivencia –para los puntos 5 y 6–: los alcances y límites de la historiografía bizantina en el proceso literario universal; sus rasgos característicos (propios) y los comunes a la historiografía pre-moderna (hacia una “nueva historia” de la historiografía, su sentido filosófico y cultural; político y social en la formación del “nuevo mundo”); su influencia en el Occidente y en los países eslavos, en los árabes y los caucásicos, etc.)

7. Tendencias contemporáneas y perspectivas: la bibliografía moderna, entre el análisis y la síntesis o ¿ya superamos el período de la “acumulación del material”?

A MODO DE EPÍLOGO (O ¿HACIA UNA HISTORIOGRAFÍA COGN[OSC]ITIVA?)

Nos gustaría decir unas últimas palabras. Desde la perspectiva moderna la Historia, por excelencia, está convocada a reflexionar sobre el devenir de la humanidad, “fijar” los cambios acontecidos en la sociedad y analizar sus causas. En primer lugar, la pregunta es ¿en qué medida esto es cierto para la AC? Por otro lado, los géneros literarios (e historiográficos, por supuesto) reflejan una complicada estructura (sociocultural) llamada en su lenguaje propio “tradición”; pero también, las estructuras mentales del ser humano (sobre cuyos orígenes, “naturales” o “sociales”, no vamos a discutir), especialmente las llamadas “cognoscitivas” o “cognitivas” que justamente son responsables de “comprender” el mundo (el “entorno”), racionalizarlo, hacerlo “habitável” y “adaptable”, a su vez, a todo tipo de cambios (y, agregaríamos, “enseñable”). De estos razonamientos se deriva la otra pregunta: ¿en qué medida la historiografía antigua refleja las necesidades cognitivas del hombre como representante de su *socium*? Por otra parte, ¿cómo los cambios verdaderamente abrumadores de la época de transición se reflejaron en la historiografía de la AT? ¿Cómo el reacomodo de los géneros historiográficos refleja estos cambios? ¿Fueron “capaces” los historiadores del momento de “estar a la altura” de semejante reto?²³ Si la respuesta es no, ¿fue la *tradición* la responsable de su incapacidad? Es decir, ¿los procesos sociales “centrífugos” no pudieron con la centrípeta tendencia propia de toda tradición? En qué

²³ ¿Qué modelo –herodóteo, tucídideo o polibiano– podría describir aceptablemente los enormes movimientos de las poblaciones, religiones jamás antes vistas, lenguas nuevas, las nuevas estructuras socioeconómicas, etc.? Todavía en el Imperio temprano y antes podría funcionar la analogía: la guerra civil romana = la Guerra del Peloponeso; las guerras entre los griegos y persas = las guerras parto-romanos (aunque un Luciano se burle precisamente de estas “comparaciones” a veces bastante descabelladas, no en vano surgen todavía a finales del s. II a.C.). Pero, efectivamente, para el siglo IV o, más aún., el V, ya son impensables. Agustín y Zósimo (desde el lado cristiano y pagano respectivamente) proponen una visión “global” y una explicación “universal” de los acontecimientos, pero ¿qué impacto tendrían sus obras en el campo del pensamiento social (o historiográfico) por el momento?

campo se ubica la *innovatio* y cuáles son sus alcances. La HE propuso los nuevos métodos científicos que, sin embargo, no tuvieron a la larga una aceptación generalizada. A su vez, la CUC, aunque aprovechó de las nuevas tendencias, pronto se convirtió en simple “libro de texto” escolar cuyo alcance cognoscitivo fue muy limitado. Los procesos de la evolución mental y cultural humana son, presumiblemente, impredecibles y avanzan, por así decir, en zigzag. Vislumbramos, a inicios del Helenismo, una revolución científica: la acumulación de los datos es apabullante y todo indica la posibilidad de su aplicación en el campo técnico, con el consecuente impacto que eso tendría en lo social, económico, político y cultural. Sin embargo, el proceso es truncado, a veces, de forma casi imperceptible, que provoca la sensación de continuidad, de que “no pasó nada”; el mundo antiguo persiste (y estamos convencidos que eso se debió, en gran medida y entre otros factores, al avance de otra fuerza – el Imperio Romano– con su “otro proyecto” social y cultural). Al inicio de la época cristiana (romana) vislumbramos otra revolución, que por lo menos en el campo historiográfico tuvo un vertiginoso ascenso y relativamente rápida caída. Tal vez, en el campo filosófico pasó algo parecido: la revolución filosófico-teológica de los padres capadocios –aunque tuvo una aceptación “oficial”– no logró gran cosa de la aplicabilidad “práctica” (en la materia social o científica).